

Kusch, una iluminación respecto a nuestra constitución cultural y filosófica

MARTÍN MOCELLINI

Apenas transcurrido un año de nuestro bicentenario es bueno recordar una serie de pensadores en quienes el país se hizo carne, pensamiento y voz; pensadores a los que se le fue la vida en su tarea de aportar a nuestra cultura y filosofía argentina. Varios de ellos escribieron y actuaron cuando todo estaba por hacerse en el país, en circunstancias difíciles y entregaron vida y fortuna por su patria. Más de uno murió en la absoluta pobreza. Pero nos legaron un país.

Destaquemos ya las tallas intelectuales de Manuel Belgrano (1770-1820), Mariano Moreno (1778-1811), Marcos Sastre (1808-1887), el general José María Paz (1791-1854), Juan Bautista Alberdi (1810-1884), Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Bartolomé Mitre (1821 -1906), Juan B. Justo (1865-1928), Alfredo Palacios (1880-1965) hasta llegar a filósofos como Alejandro Korn (1860-1936), Francisco Romero (1891-1962), Carlos Astrada (1894 -1970) y Rodolfo Kusch (1922-1979), este último un exponente mayor del filosofar situado, a quien una muerte temprana truncó su mejor momento. Y más allá de las críticas sobre lo que nos gusta o no de ellos, todos han dado lo mejor de sí mis mismos para la construcción de la *polis* argentina en un sentido amplio. Todos hombres del desvelo por el país, y cuál padres protectores, aguzando el oído para actuar o aconsejar según la necesidad. Reconozco, por razones de espacio, estar omitiendo otros nombres muy importantes, pero uno debe dar espacio a que otros honren a los ausentes como a mi me hubiera gustado honrarlos.

Kusch, filósofo argentino, sabio conocedor del existencialismo, es de los primeros en meditar la relación entre la naturaleza que desborda nuestro continente americano y el hombre americano, y a partir de ahí, proponer categorías para comprender nuestra realidad. En Kusch la única universalidad consiste en la condición de estar “caído en el suelo”. ¿Qué pasa cuando este suelo posee

una naturaleza desmesurada, que abruma? ¿Cómo se relaciona el hombre con ella? La pregunta no es nueva, sí lo es el hecho de elaborar categorías a partir de esta respuesta. Y este es el mérito de Kusch.

Ya en 1955 el gran antropólogo francés Louis Baudin (1887–1964) nos decía: “En la América del Sur es imposible hablar del hombre sin haber evocado antes la naturaleza, pues ella es la gran dominadora. En el plan de la creación de ese continente el hombre no parece haber sido previsto: es un accidente. Esta desproporción provoca en principio pasmo, enseguida temor” (1)

Y añade Roberto Aizcorbe (n.1934): “Selvas impenetrables, montañas inaccesibles y desiertos intransitables separan a los hombres entre sí y les otorgan una psicología insular.(...) En la Argentina, en cambio, la pampa es la extensión fértil: de allí sale lo substancial del alimento, la riqueza nacional y su emblema, tierra que exige explotación pero cuyo paisaje no retiene al hombre, el cual, fácilmente satisfecho el problema de la subsistencia, debe encarar en cambio el de la soledad y el desarraigo.” (2)

Para finalmente completar el mismo autor: “El ser humano es todo potencia, pero en la pampa ésa potencia carece del punto apropiado de aplicación: la vida es un estar sin por qué, un durar consciente, o sea, la verdadera muerte. Que la pampa es una extensión hermética, lo prueba la renuencia de los Incas a aventurarse en ella: pobladores del altiplano, donde cultivaban más de 20 variedades vegetales con métodos estadísticas perfectamente centralizados, jamás decidieron bajar a instalarse en la pampa, sin embargo mucho más feraz, aun cuando incursionaron por la selva amazónica.(...) La prueba de éste determinismo es que los indios, ubicados en la racionalidad opuesta a la de los estancieros, cuando fueron verdaderamente los señores de la pampa, no pudieron hacer otra cosa que los blancos: en vez de asentarse y poblar la llanura, se dedicaron a exportar ganado en pie a Chile.”(3)

Atípicas reacciones, con respecto a la racionalidad eurocéntrica, que también las señalará Kusch, y sin embargo las hallará cómo propias de lo americano. Ya en su temprana pero programática obra *Sedución de la barbarie* (¡vaya título!), expresará Kusch su fina audición y visión: “América toda se encuentra irremediadamente

escindida entre la verdad de fondo de su naturaleza demoníaca y la verdad de ficción de sus ciudades. Ello plantea al individuo americano la necesidad de dosificar su creencia en lo dado, de tal modo de creer y no creer, de hacer y no hacer simultáneamente. La razón de ello yace en el paisaje. El apaña la ambivalencia. Exist como una perpetuación del vegetal.” (4)

Esta descripción la completa en múltiples oportunidades, y en este mismo libro, nos dice: “El sabor de vitalidad primaria y exuberancia inagotable de los primeros días de la creación, que nunca logra definirse sino en la circunstancia fortuita del vegetal, la mole rocosa o el espacio ilimitado, es el que aqueja al paisaje americano.(...) Es como el esbozo de un *logos* en el caos orgiástico de la selva y un lastre primario de la soledad de la pampa. Es la traducción rudimentaria del demonismo en el lenguaje del espíritu que, en la ruidosa orgía de la selva se expresa en grande, en troncos inmensos, torrentes, lianas y helecho gigantescos, pero que en la pampa toma la placidez de un pasto insignificante, porque el espacio roba aquí a la vida –dehorizonte en horizonte- todo sentido de la forma.”(5)

Heidegger describió de sus viajes a Grecia que lo específico del paisaje griego, el valle y la caleta sobre el brazo del mar está revelado por el templo sobre la acrópolis (6), y explicitemos, siguiendo a Kusch, que esto no sucede en el continente americano. Expresará en *Seducción de la barbarie*: “ Por la historia se retorna al suelo, porque en ella se halla el demonismo mezclado con el individuo. Un individuo que pasa a ser personaje histórico se hunde en la inconsciencia social, se aleja del presente para reintegrarse al semiolvido de los archivos. En la penumbra en que se mantiene, retorna la verdad del suelo. La lejanía misma que le da su perspectiva en el tiempo lo hace sospechoso de participar del demonismo. Por eso la historia es en primer término una sumisión inconfesa del presente inteligente al demonismo original del suelo.” (7)

Y esto es así por la incidencia del paisaje americano que vimos anteriormente y, según informa Kusch, también debido a que: “... el hombre quiere poner un fondo fijo al devenir y en su afán copia, por extraña paradoja, al paisaje. Sabe que el paisaje borra toda huella, la vida selvática y la rigidez de la llanura barren con toda

detención... Esto, que en el paisaje no es más que una modalidad, en el hombre se convierte en principio.” (8)

De este breve análisis de la relación hombre arrojado / caído con el suelo nacen las categorías de su “filosofar situado”. Especialmente la que corresponde contraponer la categoría del “ser” eurocéntrico a la categoría del “mero estar” iberoamericano –que nos representa según Kusch- en una dialéctica que no se resuelve en ninguna instancia superadora sino en el *mestizaje* ontológico donde, por ejemplo, el concepto de “acción” tiene otro peso que en la tradición eurocéntrica. Así nos señalará esto en *Geocultura del hombre americano*: “Pero es que pensamos solo en términos occidentales. Empleamos un criterio de causa y efecto. ¿Acaso hay otro criterio? Ibarra Grasso hace notar la importancia del término quechua huiñay que significa crecimiento y también eternidad. Es más, me pareció que todo el pensar indígena se da en términos no causales sino seminales. Piensan haciendo crecer. Pero he aquí el problema. ¿Esto realmente es propio del indígena? ¿Estamos seguros de que no hacemos lo mismo? (...) En mi primer libro desarrollé la idea de cierta vegetalidad del hombre sudamericano. Más aún, diría que hay en nosotros cierta comprensión de este *mero estar*, que solemos curar con distracciones y borracheras, pero que en el fondo implica asomarse a ese misterio de *estar no más y crecer*.” (9)

¿Alcanzan las nuevas categorías para develar nuestra realidad? Intuyo que veremos elementos y ejemplos que convierten este “filosofar situado” y con nuevas categorías, en un aporte necesario, dado su fina percepción, pero no suficiente.

El hombre mantiene con la naturaleza una relación dinámica, siguiendo aquí una premisa de Aizcorbe(10), que se resuelve en un Ecosistema. Esto, en un “filosofar situado”, es tenido en cuenta. E implica esta relación, la necesidad de dos elementos de dinámicas diferentes.

Y esto lo hallamos claramente, en primer lugar, en la historia misma, especialmente en la historia de los ritmos evolutivos sociales, sean estos dialécticos o no.

Esbozar preguntas sobre el fuerte encuentro de culturas entre indígenas y españoles, hecho innegable que se suma para América

como un nuevo soplo creador implica, por ejemplo: preguntar sobre el rol de las mujeres indígenas, con Malinche y su generación como casos emblemáticos para el primer proceso de mestizaje; o contrastar la fuerte rebelión inca del *Grito de Tinta* en 1780, más conocida como la insurrección de Tupac Amarú, hasta los vívidos testimonios de 1815 por el entonces Mayor José María Paz sobre la pasividad indígena del Alto Perú en pleno proceso independentista. Esto no nos da, como resultado, una continuidad o uniformidad, sino más bien una rica y conflictiva diversidad en la cual hay elementos mezclados que hay que valorar en su justa medida.

Kusch, en este sentido, da una bella y acertada definición al decir que “la cultura constituye la forma en que se completa la vitalidad natural de una sociedad.”(11)

Para tener la más completa concepción de cultura, esta noción sociedad debe ser inclusiva, y por ello el acierto de Kusch de estudiar la relación originaria del indígena americano con su suelo y cielo. Pero para armar la pintura total de nuestra identidad cultural, si es que es posible, hay que incluir estas raíces, las que llegaron luego y las que llegarán; y así hallar, como bien expresó Kusch, “la forma en que se completa la vitalidad natural de una sociedad.” Es necesario que así sea. Más si consideramos el natural proceso de globalización que se está dando en el orbe. Y tener memoria de la experiencia original en un suelo, de esta vivencia en un suelo original es algo que no debe perderse. Kusch aportó a esta tarea. Y quiero citar un párrafo de su libro *Indios, porteños y dioses* al hallar la similitud entre la ciudad de Buenos Aires y la aldea de Carabuco a orillas de lago Titicaca. Luego de reflexionar sobre el valor de la palabra en una sociedad y en otra, nos dice: “¿ Pero qué es Buenos Aires en la más íntimo de nosotros? En el Cuzco sorbíamos cierta vez nuestra sopa y por la radio transmitieron un tango. No pudimos seguir comiendo. Otras veces, antes de acostarnos, pensábamos en la calle Corrientes o en la casa o incluso en la oficina. ¿Eso solo era Buenos Aires? Insisto otra vez: ¿qué es Buenos Aires entonces? Es apenas muy pocas cosas: la casa, el padre, la madre, la mesa, el fondo, la vereda, el colectivo que nos lleva al empleo, a la oficina o el taller y el lugar donde nos divertimos los sábados por la noche. ¿Y qué es todo eso? Es la ciudad que nos fundamos

para nosotros solos cuando somos chicos, y que llevamos encima hasta el momento de morir. Y en ese instante desaparece. Es una segunda Buenos Aires, un poco subversiva, oculta, reservada, para nuestro exclusivo uso. Y cada uno tiene su ciudad: hay seis millones de Buenos Aires, una para cada uno. Y esas Buenos Aires no las ve el turista. ¿Y cuantas casas tiene esa ciudad privada que nos hemos creado? Pues no muchas más que Carabuco. ¿Y esa ciudad dónde está ubicada? Es que no está en el mapa, sino que está en el centro de nuestro mundo, en ese preciso lugar en donde nos sentimos seguros, donde ya no tenemos miedo a los precipicios, donde nos encontramos con nuestras cosas: los libros, los útiles, las herramientas de todos los días, la mujer, el hijo. Ahí se sirve la buena comida o se brinda la paz. Es un poco el paraíso. Lo decimos: ‘Eso es sagrado para mí’” (12)

Si analizando personajes y eventos del mundo de masas, Kissinger (n.1923), en una brillante intuición expresó “ La mayoría de los hombres madura alrededor de un núcleo central,...” (13), y desde principio del siglo XX el gran novelista húngaro Sándor Marai (1900-1988) hace expresar a uno de sus personajes de su centro más íntimo como “...el centro de gravedad de su ser, allí donde una persona se encuentra anclada y donde es auténtica e íntegra.”(14), Kusch suma su sentida prosa y su *locus* americano a esta tradición que reitero por su belleza: “... que está en el centro de nuestro mundo, en ese preciso lugar en donde nos sentimos seguros, donde ya no tenemos miedo a los precipicios, donde nos encontramos con nuestras cosas: los libros, los útiles, las herramientas de todos los días, la mujer, el hijo. Ahí se sirve la buena comida o se brinda la paz. Es un poco el paraíso. Lo decimos: ‘Eso es sagrado para mí’”

Notas Bibliográficas

(1) Baudin, Louis, *Vie quotidienne aux temps des derniers Incas*, París, Ed Hachette, 1955.

(2) Aizcorbe, Roberto, *La crisis argentina*, Buenos Aires, Occitania, 1984, p.11

(3) Ibidem., p 13

(4) Kusch, Rodolfo, *Obras Completas*, T.1, Rosario, Editorial Fundación Ross, 2007, p. 22

- (5) Ibidem., ps. 26 y 27
- (6) Heidegger, Martin, *Estancias*, Valencia, Pre-textos, 2007
- (7) Kusch, Rodolfo, *op.cit.* p.71
- (8) Ibidem, p. 28
- (9) Kusch, Rodolfo, *Obras Completas*, T.3, Rosario, Edit. Fundación Ross, 2007, ps 46 y 47
- (10) Aizcorbe, Roberto, *op.cit.*, nota 2, p. 11
- (11) Kusch, Rodolfo, *op.cit.*, nota 4, p. 80
- (12) Ibidem, p. 204
- (13) Kissinger, Henry, *Mis Memorias*, T. 2, Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1972, p. 991
- (14) Marai, Sándor, *Divorcio en Buda*, Barcelona, Salamandra, 2006, p. 33